

SOCIOLOGIA POLITICA

En los trabajos teóricos y empíricos de Sociología política se dan cita dos distintas, si bien, convergentes tradiciones intelectuales. Entendida en sentido amplio, la Sociología política tiene como objeto el estudio de la base social del Poder en el sector institucional de la sociedad. De acuerdo con esta particular perspectiva en el estudio de la organización social y de la evolución en sociedad, la Sociología política se preocupa de las diferentes pautas (*patterns*) de estratificación social y de sus consecuencias en Política.

En un sentido más estricto, esta disciplina se interesa por el análisis, desde el punto de vista de su organización, de grupos políticos y del liderazgo político. Así, estudia la organización formal e informal de los partidos en sus relaciones con la burocracia gubernamental, el sistema jurídico, grupos de interés y el electorado en general, como reflejo de una preocupación eminentemente institucional u organizativa.

Cuando sociedades nacionales emprenden el camino de la modernización y a medida que aumenta la importancia de asociaciones formalmente organizadas como partidos, resulta difícil apreciar una clara distinción entre ambas orientaciones. Tanto una como otra son reflexiones de las obras de Karl Marx y de Max Weber, y dejan traslucir de continuo diferentes concepciones del proceso político.

LAS PERSPECTIVAS DE «ESTRATIFICACIÓN SOCIAL» E «INSTITUCIONAL» EN EL ESTUDIO DE LA POLÍTICA

A Karl Marx debemos la visión del conflicto de clases y de la estratificación social como derivados de los factores económicos o de las relaciones sociales generados por la producción. Su contribución fundamental no se reduce ni se hace dependiente de una concepción del comportamiento político como expresión de intereses económicos. Su mérito principal reside en haber hecho a la Sociología política equivalente al estudio de la estructura social, a la macrosociología, como se ha convenido en llamarla. La concepción de Marx

del sistema político como reflejo de la estratificación social — más aún que su particular énfasis en la primacía de los factores económicos en la modelación de las relaciones sociales— ha sido un tema fundamental en el desarrollo de un análisis empírico de la Política.

Tal orientación ha sido criticada entre científicos de la Política, e incluso entre sociólogos, por reducir los fenómenos políticos a un producto derivado de los procesos sociales, descuidando la influencia de las instituciones políticas. Esta perspectiva ha sido calificada de forma de reduccionismo sociológico de inherentes limitaciones, debido a los factores culturales e institucionales que escapan a su alcance. Algunos autores consideran la visión económico-determinista de la estratificación social como un obstáculo para el análisis comparado, dado que indirectamente asume la universalidad de un modelo histórico de industrialismo, relevante en el mejor de los casos para Europa occidental y ni tan siquiera para Estados Unidos. Por otra parte, resulta inadecuado para estudiar los países del «Tercer Mundo», en los que nuevas formas de organización política condicionan de manera decisiva el desarrollo económico.

Hay que acudir a Max Weber para hallar una nueva vía, que permita una visión más autónoma y más institucional de la Política. En cuanto sociólogo, su argumentación converge con la de Karl Marx al considerar una visión comprensiva de la estructura social como base para el análisis de la Política. Su concepción de estratificación social, sin embargo, comprende tanto las relaciones económicas con el *status social* —prestigio y honores—. En su ensayo *Clase, Status y Poder*, postulaba que la emergencia de una sociedad moderna origina un proceso histórico de separación de las instituciones políticas respecto de la estructura económica y social. En tal perspectiva las instituciones políticas surgen como objetos dignos de indagación sociológica directa, ya que por sí mismos suponen una fuente independiente de evolución social.

Estas perspectivas clásicas han permanecido por encima de su reformulación a la luz de los acontecimientos históricos y de la crítica en círculos científicos. Con la progresiva diferenciación de preocupaciones y tareas, las teorías de estratificación social han venido a conocer una nueva forma en las teorías de los «grupos de interés». En éstas, la Política aparece derivada de la lucha y de los conflictos de estratos sociales, si bien éstos ofrecen una mayor diferenciación y expresan las demandas de específicos grupos de interés —económicos, profesionales, propios de organizaciones e incluso étnico-religiosos—. Las teorías de la estratificación social de la Política han sido así ampliadas, para incluir a la burocracia gubernamental y al partido político como nuevos estratos y, por tanto, como elementos de la teoría de los grupos de interés.

La perspectiva institucional ha sido reformulada como teoría de «tensiones sociales»: en ella los partidos aparecen como mecanismos de acomodación de

las tensiones de la sociedad moderna. Los elementos que condicionan la efectividad de la organización política en la realización de esta función mediadora, se convierten en el tema central de interés para la indagación sociológica, debido a que el partido penetra los distintos sectores de la sociedad y a que instituciones «cuasipolíticas» cobran forma para asistir al partido en su función de mediación, la teoría de las «tensiones sociales» de la Sociología política debe extenderse más allá de la mera estructura interna de la organización del partido. El sociólogo se encuentra así frente a una serie de problemas empíricos interconexos, ya inicie su preocupación con la estratificación social, ya lo haga con una investigación directa de la organización de los partidos.

A menudo las diferencias entre estas posiciones teóricas envuelven diferencias de escalas de valores y de concepciones de filosofía política. Sería pecar de simplicidad, calificar de radicales a las teorías de la estratificación social y de moderadas a las teorías institucionales, en su orientación respecto de la evolución política. Lo más lejos que puede irse, es decir, que algunos teóricos partidarios de una Sociología política basada en las teorías de la estratificación social se hallan comprometidos con posturas comprensivas e ideológicas de revolución política, mientras que exponentes de una visión institucional frecuentemente tienden a optar por estrategias pragmáticas y acumulativas de la evolución política.

CONTEXTO SOCIAL DEL PODER POLÍTICO

En los trabajos empíricos, la mayor parte de la investigación en Sociología política ha estado orientada al análisis de la base social de la escisión (*clearage*) y el consensus políticos. Tales estudios tienen su origen en la teoría de la estratificación social de la Política y han conocido un progresivo refinamiento, desde un amplio enfoque en clase y ocupación a matizadas medidas de *status* social.

La afiliación a partidos y el comportamiento de la masa del electorado han sido recogidos en un cuantioso volumen de literatura, haciendo uso bien de estadísticas electorales, bien de encuestas de muestreo. En casi todos los países con sistemas electorales pluripartidistas, se ha introducido la utilización de encuestas. Como resultado, ha sido posible describir detalladamente el comportamiento electoral en términos de ocupación, ingresos, educación, *status*, grupo étnico y religión. Algunas encuestas recogen asimismo afiliación a asociaciones de carácter voluntario, exposición a medios de comunicación y contactos con las organizaciones de los partidos. Buena parte del trabajo experimental ha tratado de poner en claro la importancia de la personalidad de los individuos

y de las variables sociopsicológicas para una explicación del voto. Estas investigaciones empíricas han enfocado mayormente elementos correlacionables de decisiones electorales nacionales; no han tratado de establecer la interacción entre las masas y los órganos de la Administración, aun cuando estos contactos constituyan poderosos factores en la acuñación de la imagen popular del proceso político.

Si bien este sector de la investigación ha generado una rica y cuantiosa documentación descriptiva e histórica, lo obtenido supone sólo una limitada contribución a la teoría. En parte, las dificultades son de naturaleza técnica: las encuestas a escala nacional ofrecen resultados válidos para la sociedad como un todo, pero no un número suficiente de datos, que permita aislar el comportamiento político de específicos subgrupos sociales y económicos, sobre la base de un análisis de tendencias. Además, las comparaciones entre diferentes países son difíciles, si no imposibles, de realizar, debido a los obstáculos con que se tropieza para desarrollar índices *standard* apropiados.

La mayor dificultad en los estudios empíricos de *consensus* y escisión reside en la articulación de la mecánica de las encuestas con problemas teóricos. La mayor parte de la información recogida ha sido interpretada como confirmación de la tesis de que el desarrollo industrial avanzado genera «política de mayoría de centro» (*Middle-majority política*). Una política de este tipo implica disminución del conflicto entre las clases media y trabajadora y la emergencia de un amplio *consensus* entre grupos sociales menos diferenciados. Las distancias entre ambas clases parecen reducirse y el proceso político se transforma en una negociación pragmática acerca de problemas específicos.

Las teorías de la «mayoría de centro» se ocupan principalmente de cambios en la estructura ocupacional y dejan de lado nuevas causas de tensiones sociales y conflictos políticos, tales como las originadas por la raza, los grupos étnicos y la confesión religiosa. Estas teorías menosprecian asimismo el impacto de los asuntos internacionales en las actitudes políticas del electorado.

La investigación documenta estas tendencias a la transformación de las escisiones sociales en algunos países industrializados —especialmente los anglo-americanos y los escandinavos—; las teorías de la «mayoría de centro» han sido, sin embargo, criticadas, por su falta de atención a la persistencia del comportamiento clasista entre los trabajadores, especialmente en países católicos de Europa occidental. Es un hecho también que la proliferación de empleos de salario medio está transformando, sin duda, las actitudes políticas en los sistemas monopartidistas de sociedades industrializadas tales como la Unión Soviética y los países de Europa oriental. Aún cuando se carece de estudios empíricos adecuados, tales cambios no pueden ser entendidos exclusivamente en términos de evolución en la estratificación social. Muy al contrario, el des-

arrollo de ocupaciones de clase media tiene distintas consecuencias en los países subdesarrollados, debido a que contribuye a discontinuidades en la jerarquía social y, por tanto, acrecienta las posibilidades de inestabilidad política.

OPINIÓN PÚBLICA E IDEOLOGÍA

El análisis conjunto de los factores sociales en correlación con la participación política y el comportamiento electoral ha sido enriquecido por una extensa investigación en opinión pública e ideología política. Si bien estos intentos se apoyan sobre todo en el uso de la encuesta, suponen una considerable matización en las metas de «social stratification approach», en cuanto intentan averiguar hasta qué punto las actitudes políticas reflejan no sólo la estructura social, sino la influencia de la organización de los partidos y de los medios de comunicación de masas. Con el desarrollo de las instituciones públicas de representación y la progresiva extensión de la educación y la prensa, la radio y la televisión..., los procesos políticos comienzan a reflejar de forma varia la opinión de las masas. Por otra parte, en las sociedades industrializadas, los partidos y los órganos de la Administración parecen apreciar la necesidad de movilizar la opinión pública con el fin de lograr la implicación de las masas en las instituciones sociales y económicas.

La investigación sistemática de la opinión ha producido un volumen de datos de considerable altura teórica, que aportan un mayor sentido a los estudios de comportamiento electoral y participación política. Las técnicas de medida de la opinión permiten la descripción de estructuras de actitud respecto de concretos problemas, candidatos e instituciones. La conclusión más aleccionadora de tales trabajos es la detallada identificación de una parte de la estructura social, caracterizada bien por la falta de orientación política, bien por la limitación de la misma a intereses y problemas muy particulares. La apatía política ha sido localizada particularmente en grupos de bajos ingresos y supone un rasgo persistente de sociedades altamente industrializadas, incluso con índices crecientes de educación. En cierto sentido, los datos recogidos ofrecen a los sociólogos propagadores de una hiperpolitizada visión del hombre, una imagen más realista de uso común entre políticos profesionales.

La alienación como tema ha obtenido especial atención en los estudios de opinión pública. El concepto no es claro, pero en líneas generales puede decirse que comprende los procesos sociales y psicológicos que originan una disminución o la desaparición del interés y la participación políticos. La apatía es una amplia categoría que incluye alienación y desinterés —socialmente heredado—. La información de que se dispone no le permite constatar tendencias

de aumento o disminución en la alienación política; tan sólo perfila grupos sociales tales como la juventud, las minorías, los intelectuales..., especialmente alienables. Tales investigaciones resultan más relevantes cuando proyectan su atención sobre el proceso de alienación en los individuos: las conclusiones más comúnmente aceptadas conciben la alienación como estadio «no permanente», que puede gradual o repentinamente conducir a la acción directa al margen de los canales normales de la vida política.

Los estudios de la opinión de las masas convergen con otro tema: el análisis de las ideologías populares. En principio, es preciso marcar una clara distinción entre las sociedades industrializadas y las en estadio de desarrollo. En estas últimas, el concepto de ideología probablemente no es aplicable a grupos rurales y que viven aún en el marco de la tradición, si por ideología se entiende un sistema de ideas políticas o visión del mundo comprensivos, explícitos y firmemente sostenidos —sin olvidar las obvias y firmes concepciones religiosas existentes en la masa de la población—. Los intelectuales de estos países, que han recibido educación en Universidades europeas o que han tenido prolongado contacto con el pensamiento político occidental, están profundamente implicados en controversias ideológicas. Por otra parte, con la rápida expansión de la educación, los medios de comunicación y la urbanización, algunos grupos de la clase media, desarrollan en estas naciones claras preferencias políticas. A su vez alternativas ideológicas entran a formar parte de los debates políticos de las masas.

Por el contrario, en las industrializadas naciones occidentales el proceso de difusión ideológica ha cesado y se ha producido un general *consensus* acerca de muchos problemas de política interior, económicos y de previsión social, que reflejan el carácter cambiante de la estratificación social. Al nivel de la opinión de las *élites* o las masas, sería exagerado hablar de un fin de las ideologías y mucho más adecuado referirse a una contracción o transformación de las mismas. Posturas ideológicas son aún de cuño normal entre los elementos más implicados y políticamente activos de la población. La mayor parte de la misma —incluidos los grupos de mejor educación— no mantienen actitudes ideológicas, sino más bien revela preferencias de partido, que expresan en el mejor de los casos ideologías parciales o reacciones pragmáticas a circunstancias políticas y sociales cambiantes. Alrededor de problemas religiosos, étnicos y raciales y de concepciones de política exterior, se desarrollan componentes ideológicos específicos que pueden hallar eco en pequeños núcleos de población. Paradójicamente, sectores de la misma, cuya relación con la Política se limita a problemas muy concretos —a menudo marginales a las cuestiones centrales de adopción de decisiones políticas— tienden a poner de manifiesto orientaciones ideológicas. Como resultado de ello en las sociedades industria-

lizadas una política de «mayoría de centro» resulta compatible con la emergencia de orientaciones político-ideológicas minoritarias.

La formación de la opinión pública y de las actitudes ideológicas envuelve una acción recíproca entre los antecedentes sociales y psicológicos de una persona, la participación en organizaciones y asociaciones de una parte y su exposición a los medios de comunicación de otra. El término socialización política se refiere, concretamente, al proceso total de internalización de valores políticos, incluyendo el impacto de la familia y de las instituciones educativas. Bajo condiciones de cambio social rápido, la importancia de las variables iniciales de socialización para explicar las perspectivas políticas de las masas debe ser enriquecida por un análisis de la influencia de la educación y de la implicación en asociaciones de carácter secundario. No cabe duda que la investigación empírica sistemática, especialmente la utilización de la encuesta de muestreo, ayuda a iluminar los complejos procesos envueltos en la dinámica de la opinión pública política.

Los estudios empíricos de las campañas electorales revelan la escasa frecuencia con que se producen oscilaciones en las actitudes y en el comportamiento, si bien el resultado venga a depender de las dimensiones de los mismos. Es, sin duda, cierto y obvio, como pone de manifiesto la investigación, que una socialización política a largo plazo tiene una fuerte influencia en las consecuencias de exposición a los medios de comunicación en una campaña electoral. Sin embargo, los efectos de tales medios —a largo y corto plazo— y el impacto de la organización de los partidos son variables fundamentales en el mantenimiento y moldeamiento de las opiniones políticas. Ello se aprecia especialmente entre individuos sin ideas políticas firmes, o cuyo estilo de vida no viene determinado por la afiliación política. La influencia de los medios de comunicación opera bien a través de activistas locales y de líderes de opinión o por exposición directa. Por Política de una sociedad de masas se entiende una serie de procesos que privan de su fuerza tradicional a los vínculos de las comunidades locales y a las asociaciones, y exponen a los individuos a las presiones de las organizaciones de partido y de los medios de comunicación. Paradójicamente hay razones para pensar que el impacto de los medios de comunicación es mayor en los sistemas democráticos pluripartidistas que en un sistema de un solo partido, donde la desconfianza respecto de aquéllos es grande y donde es bien sabido que el régimen político descansa más en controles a nivel de organización que en persuasión.

«ÉLITES» COMO FOCO DE ANÁLISIS

Un sector de la doctrina, que ha dado en considerar la Política como algo más que un puro reflejo de la estratificación social y de la ideología de las masas, ha extendido su interés al análisis de las instituciones y de los sistemas sociales a través de los que opera el proceso político. El armazón intelectual de los sociólogos que tratan de reducir a síntesis las perspectivas de estratificación social e institucional es diverso. Particularmente han sido fuertemente influidos por los teóricos de la *élite*, de una parte, y por una serie de autores conocidos como macrosociólogos por otra.

Gaetano Mosca y Robert Michels han sido figuras centrales en este sentido, en cuanto estimuladores de estudios de *élites* y de la sociología de la organización política. Sus formulaciones iniciales apuntaban al carácter burocrático de la organización de los partidos y aparecían matizadas por un fuerte contenido ideológico. Especialmente en el caso de Michels, la ley de hierro de la oligarquía era más una definición que una generalización empírica, reflejo de limitaciones esenciales en instituciones de representación.

Como resultado del subsiguiente desarrollo de una más objetiva y detallada teoría de las organizaciones, los partidos y sus instituciones auxiliares fueron objeto de variadas formas de análisis empírico. Estos trabajos han dado lugar a una serie de tipologías —de patronazgo, ideológicos, programáticos...—; tales clasificaciones suponen, en el mejor de los casos, sin embargo, sólo un paso intermedio en el camino hacia un estudio más detallado de las funciones específicas que llevan a cabo organizaciones y *élites* políticas. La escuela empírica de investigación de la Universidad de Chicago —Charles Merriam, Harold Lasswell, Harold Gosnell—, cuya obra se conoce como investigación del comportamiento político, tuvo una importancia decisiva en la evolución en el estudio de las organizaciones del partido. La nueva perspectiva aportó al tradicional análisis de *élites*, un interés en la efectividad de diversos tipos de organización de partido, respecto de actividades tales como reclutamiento de nuevos líderes, planteamiento de alternativas políticas, mantenimiento de vínculos entre el electorado y la burocracia gubernamental, movilización de participación política de masas y la expresión de consentimiento público. La literatura existente abunda en minuciosos estudios particulares de partidos, en el marco de una variada gama de sistemas políticos. El análisis adopta mayormente la forma de comparaciones entre dos países —por ejemplo Estados Unidos y Unión Soviética; otra variedad del mismo trata de describir la problemática con que se enfrenta toda serie de países, tales como los en estadio de desarrollo.

El análisis de la organización de partidos lleva consigo no sólo el estudio de su estructura interna, sino el de su relación respecto del balance sociopolítico de la sociedad. En primer lugar merece especial consideración el problema de la capacidad del sector económico e industrial para influir y controlar decisiones políticas. Parece existir un considerable acuerdo entre sociólogos de diferente orientación valorativa, acerca del hecho de que el desarrollo de una compleja división del trabajo ha generado una limitación en la capacidad de organizaciones industriales y de la economía en general, para ejercer un control directo del proceso político. La complejidad de las organizaciones es de tal índole que se ha extendido la opinión de que los líderes de la economía carecen de las técnicas necesarias o la *programmatic approach* para dominar el sistema de partidos — ya se trate de un sistema mono o pluripartidista—. La separación entre propiedad y disposición de la misma contribuye al proceso. Además el desarrollo de Sindicatos —en los países en que éstos disfrutaban de autonomía— a menudo sirve como fuerza equilibradora del poder político de organizaciones económicas. El crecimiento de asociaciones profesionales, con su particular habilidad para ejercer poder en nombre de la ciencia y del bien público, y el poder inherente a los grandes aparatos burocráticos de la Administración, constituyen parte de la perspectiva institucional de análisis que ha modificado las teorías económicas del poder político.

En segundo lugar, y paralelamente al equilibrio señalado anteriormente, tiene lugar un balance fundamental entre los partidos y las fuerzas militares. Estas disfrutaban de un poder real y en potencia, debido a los vastos recursos de que disponen y a la importancia de la seguridad nacional. Sin embargo, las dictaduras militares de carácter personal brillan por su ausencia, dado que son incompatibles con los requisitos políticos propios de la estructura social contemporánea. Los sociólogos han tratado de describir y dar cuenta de las varias formas de balance político que operan entre partidos y fuerzas militares. Difícilmente se hallará un país donde éstas no dispongan de cierto poder. Su influencia oscila entre la propia de un grupo de presión y la de miembro activo de una coalición en la estructura política del país. En algunos de los Estados en desarrollo, las fuerzas militares pueden servir como núcleo de una oligarquía modernizante; pero a la postre supondrán tan sólo una oligarquía de transición. Resulta curioso constatar qué sistemas políticos monopartidistas, como la Alemania nazi y los comunistas Unión Soviética y China, han logrado reducir o eliminar al Ejército, en cuanto poder independiente de primera magnitud en política interior.

En fin, ha tenido lugar un desarrollo de asociaciones profesionales y de carácter voluntario, que tienden a acumular poder político, habiendo sido estudiadas selectivamente como ejemplos de grupos de interés. La estructura

social, bien de una sociedad industrial, bien de una en proceso de modernización, produce una serie de grupos tales como ancianos, jóvenes... y asociaciones étnicas, culturales y religiosas, que generan demandas políticas a través de sus representantes. En un sistema multipartidista estos grupos buscan acceso directo a los líderes parlamentarios y de la Administración y tienden a debilitar a los partidos. Incluso en un sistema monopartidista, en el que la base independiente de acción de asociaciones de carácter voluntario es limitada o se halla cuidadosamente controlada, el partido oficial trata de servirse de tales organizaciones como instrumento de comunicación o para la obtención de apoyo político.

En consecuencia, el análisis de *élites* aporta una contribución conceptual para comprensión de los modelos del poder institucional. El progresivo aumento del interés en la estructura de *élites* converge así con una perspectiva tradicional en la Sociología política. Resulta curioso el proceso que ha tenido lugar en las perspectivas de los sociólogos: el enfoque inicial de estratificación social ha conocido un cierto desarrollo mediante la aportación de los conceptos de opinión pública e ideología; el análisis institucional ha tenido, asimismo, una posterior elaboración merced al estudio de estructuras de *élites*.

El análisis de *élites* ha registrado así una importante variación en su objeto: de una preocupación exclusiva con la base social, en tanto que determinante del comportamiento, a un más amplio interés en los procesos de reclutamiento, promoción profesional y modelos de interacción. Las *élites* modernas tienden de modo creciente a ser seleccionadas más en función de criterios de eficiencia, que de herencia de *status* social. En consecuencia, suelen proceder de estratos sociales más y más amplios. Además —como hacía constatar Karl Mannheim— en ocasiones, el puro crecimiento de las dimensiones y la complejidad de las estructuras de la *élite* o *élites* determina una mayor heterogeneidad, una crisis en los *standards* de comportamiento y la necesidad de creación de nuevos instrumentos de solución de conflictos y obtención de *consensus* entre *élites* rivales.

La literatura sobre estructuras nacionales de poder tiende a interesarse por el análisis de particulares tipos de *élites*. Especial mención, a este respecto, merece una serie de estudios nacionales sobre reclutamiento y socialización de la *élite* parlamentaria. Por otra parte, se ha prestado atención —en forma de estudio comparado— a los diferentes modelos de grupos de presión, especialmente económicos, en tanto que actores o agentes del proceso político. Con todo, la investigación sobre diferenciación e integración de diferentes *élites*, incluso respecto de países como los Estados Unidos y la Unión Soviética, está lejos de ser comprensiva y adecuada.

La persistencia de diferencias sustanciales entre las teorías de grupos de presión y de tensiones sociales en Sociología política, aparece reflejada en modelos distintos de comportamiento de *élites*. En el análisis de los Estados Unidos, residuos de determinismo económico, pueden ser localizados en el concepto de *power elite* — de C. Wright Mill—, según el que el liderazgo social es visto como un integrado grupo dominante de un sistema capitalista, transformado en parte por la presión de las relaciones internacionales, y que hace uso de su poder arbitrariamente. Base del liderazgo son los sectores industrial y militar, que operan en conexión con la *élite* política profesional. Las *élites* económicas son dominantes y se funden con las militares, mientras las *élites* políticas juegan un papel secundario y limitado.

Por el contrario, una serie de autores, entre los que se cuentan Robert Dahl, Talcott Parsons, Daniel Bell y Morris Janowitz, constantan un modelo de negociación en los Estados Unidos, caracterizado por una pauta más pluralista de poder político. Las *élites* son estimadas como mucho más diferenciadas y sometidas a un sistema de equilibradores *checks and balances*. En este marco, las *élites* políticas son decisivas, hasta el extremo de que llevan a cabo la función de mediación y de ajuste entre los varios sectores institucionales de la sociedad. Con arreglo a este modelo, el problema político básico no es tanto el ejercicio arbitrario del poder por una pequeña e integrada *élite*, como la necesidad de crear condiciones bajo las que una *élite* diferenciada pueda adoptar decisiones efectivas. En los Estados Unidos, de acuerdo con el análisis de Edward Shils y sus colaboradores, la integración de una *élite* presenta particulares problemas debida a la falta de comprensión para la función creadora del político, siendo el margen de confianza que se le concede por parte de otros sectores de la *élite* y del electorado en general relativamente modesto y por demás inestable.

La investigación empírica de estructuras de *élite* ha distinguido entre sistemas de *élites* locales —a nivel municipal, provincial o regional— y de *élites* nacionales. Es interesante apreciar que para los Estados Unidos la *power elite* y el modelo de negociación echan luz sobre la separación del poder económico y de las *élites* políticas al nivel local. Una considerable cantidad de material histórico y analítico describe el proceso de «bifurcación» de las *élites* locales en Estados Unidos. En el modelo de *power elite*, ello aparece como resultado de una pérdida de interés de la batalla a librar a escala nacional; en la otra perspectiva, es decir, en la del modelo de negociación, el proceso de «democratización» conduce a representantes de grupos étnicos, religiosos y de sectores sociales de *status* relativamente bajo el poder político. Por comparación, el estudio de estructuras de *élites* a nivel local en países de Europa

occidental revela que este proceso de bifurcación lleva a la constitución de fuertes élites políticas locales, debido al poder de la Administración central sobre el Gobierno local y a la presencia de partidos más centralizados.

MACROSOCIOLOGÍA Y EVOLUCIÓN POLÍTICA

La línea de análisis en Sociología política orientada al estudio de la *élite* ha tenido una existencia paralela y de algún modo ha sido desarrollada en los trabajos de los pocos, si bien influyentes sociólogos, que han dedicado primordialmente su atención a la sociedad como un todo y a la evolución política a escala nacional. Estos hombres fueron estimulados por la *holistic approach* de los antropólogos sociales, y por su parte han tenido un enorme impacto con los trabajos de los politólogos interesados en política comparada. En el lento y casi discontinuo desarrollo de la macrosociología, el problema central ha sido el análisis del impacto de la modernización en instituciones de representación pública. Por su parte, el despliegue de instituciones industriales muestra aún más claramente la significación de diversas instituciones políticas para explicar modelos de desarrollo nacional y la persistencia de culturas nacionales.

El análisis de Tocqueville de la Francia pre y posrevolucionaria, *The Old Regime and the French Revolution*, y la *Imperial Germany*, de Thorstein Veblen, suponen verdaderos pilares entre las primeras contribuciones al estudio de la interacción de instituciones políticas y perspectivas de desarrollo económico y social. Ambos autores anticiparon perspectivas en investigación, en cuanto no redujeron su tarea a meros estudios de casos particulares. De Tocqueville y Veblen intentaron explicar, mediante análisis comparativo implícito, secuencias particulares de cambio social que se reflejaron en el primer caso en el estallido de la Revolución francesa —como caso opuesto a la ausencia de una tal violencia en Inglaterra— y en el segundo caso, en el carácter tardío y autoritario de la industrialización en Alemania.

Una preocupación clara y explícita con los aspectos teóricos de la macrosociología tiene sus raíces en las diversas perspectivas a los problemas de integración social ofrecida por Max Weber, Emile Durkheim y Ferdinand Tönnies, cuyos trabajos, entre otros, suministraron la base para las subsiguientes reformulaciones de Talcott Parsons en *The Structure of Social Action*. A nivel empírico-teórico, el pionero intelectual fué W. I. Thomas con su libro *The Polish Peasant in Europe and America*. Esta obra monumental expone los requisitos empíricos para el análisis comparativo. A su trabajo importaba tanto la profundidad —pretendió describir y entender los valores culturales de la

sociedad polaca, como la extensión -- intentó analizar la extensa variedad de instituciones sociales, desde la familia -- tanto en sentido estricto como en sentido amplio -- hasta la organización política. Mediante la yuxtaposición del desarrollo de una sociedad polaca, relativamente integrada en Europa, y de la desorganización social de los inmigrantes en Estados Unidos, puso de manifiesto la función de los valores y las instituciones políticas en el proceso de modernización y de urbanización.

La vitalidad intelectual de las perspectivas macrosociológicas, sin embargo, deriva menos de consideraciones teóricas formales y más del impacto dramático de la historia contemporánea -- especialmente el nacimiento y la transformación del totalitarismo y el rápido proceso de descolonización que siguió a la segunda guerra mundial --. Joseph Schumpeter, en *Capitalism, Socialism and Democracy*, desarrolló un análisis comprensivo y genérico de las instituciones sociales y políticas en que se apoyaba el capitalismo. Sus ideas acerca de la transformación de las actividades empresariales en mamut-organizaciones, el papel negativo de los intelectuales en la política del capitalismo y el declive de las instituciones representativas, han sido temas muy fructíferos. *Behemoth*, de Franz Neuman, un análisis de la organización social del partido nazi y la transformación que llevó a cabo en la estructura económica y social alemana, y *Terror and Progress*, de Barrington Moore, el trabajo correspondiente para la Unión Soviética, son los estudios más dignos de mención. C. J. Friedrich y Z. K. Brzezinski, han tratado en sentido comparativo los diferentes elementos del totalitarismo y sus consecuencias en *Totalitarian Dictatorship and Autocracy*.

Si bien no es fácil clasificar los nuevos Estados, éstos acusan caracteres similares que ayudan al análisis comparado. Hay naciones, como Japón o Turquía, que no han estado nunca sometidas a un poder colonial occidental y que inician pronto el proceso de modernización. Por otra parte, una distinción basada principalmente en el impacto de la experiencia colonial parece poseer posibilidades operativas. Desde otro punto de vista es posible distinguir la experiencia colonial de Sudamérica y sus guerras de liberación en el siglo XIX, de los modelos ofrecidos por las nuevas naciones de África y Asia, que si dejamos aparte específicas excepciones, lograron la independencia rápidamente y sin excesiva violencia después de la segunda guerra mundial. A su vez estos países pueden ser clasificados en función del tipo de administración metropolitana a que estuvieron sometidos, británica, francesa, holandesa..., que podría ser directa o indirecta y que hubo de ser impuesta sobre diferentes sistemas religioso-culturales indígenas.

El problema central en el estudio de los nuevos Estados resulta ser la limitación y el fracaso de sistemas pluripartidistas a la hora de suministrar el

liderazgo político necesario para el desarrollo económico y social. Los trabajos en este campo han evolucionado del enfoque en casos particulares, a una variedad de tipos de análisis comparado. Una interesante perspectiva es la utilizada por Edward A. Shils en *Political Development in the New States*; el autor presenta una serie bastante generalizada de tipos de régimen político, tales como oligarquías tradicionales y oligarquías modernizantes, analizando su problemática. Gabriel A. Almond y James C. Coleman siguen una *approach* similar en *The Politics of the Developing Areas*, pero enriquecen la descripción con el uso de indicadores estadísticos para la explicación de los tipos de régimen. Alternativamente se ha perseguido el análisis comparado mediante la exploración de hipótesis específicas, referidas a particulares instituciones tales como la burocracia gubernamental o las empresas económicas. En este sentido Morris Janowitz, *The Military in the Political Development of New Nations*, trata de explicar las limitaciones en la capacidad de la *élite* militar para suministrar liderazgo político, en términos de organización interna y factores profesionales.

Una perspectiva comprensiva para una Sociología política comparada debe considerar la distinción entre naciones industrializadas y no industrializadas. Tal tarea ha sido estimulada por el deseo de hacer uso de, y producir, comparaciones y hallazgos en forma numérica, aun cuando los problemas de la validez de fuentes estadísticas internacionales y de la cualidad comparativa de la información aportada por encuestas de muestreo no han sido resueltos. Por ejemplo, Harold, Deutsch y sus colaboradores, han intentado, de forma extensa y comprensiva, establecer pautas de comportamiento político, mediante matizado análisis estadístico del tipo basado en datos de censos para las divisiones políticas del mundo. Por otra parte, y de forma más selectiva e intensa, Gabriel Almond y Sydney Verba se han servido de encuestas de muestreo en diversos países europeos, y en Méjico, para el estudio de participación política y socialización de valores políticos fundamentales.

Independientemente del objeto perseguido, la Sociología política ha desarrollado una perspectiva común en su estudio del conflicto y del *consensus* políticos. No puede decirse que los sociólogos hayan dejado de lado negligentemente el estudio del conflicto, debido a un desmesurado énfasis en el análisis del consentimiento político. La verdad es que en situaciones críticas, aquello que se torna en conflicto o que da lugar a un compromiso no es accesible ni aparece en forma de datos relevantes. En otras palabras, el desarrollo de la *behavioral persuasion* en el estudio de la Política conduce a un enfoque sobre lo que supone la ordinaria rutina y a la consideración de procesos en desarrollo, más que al estudio de crisis y de la adopción de decisiones. La utilización de la *interview* como sustitutivo del observador directo y partici-

pante, tiene limitaciones para la Sociología política y quizá la meta ideal será la de una investigación que considere como medios el esfuerzo continuo y la reestimación.

Hay toda una serie de trabajos monográficos que describen, en términos de Historia natural, el estallido del conflicto, cuando la persecución del interés de un grupo lleva a la acción al margen de las formas institucionalizadas de evolución política. Este tipo de investigación fenomenológica ha venido a abarcar el extenso diámetro de la Política, del conflicto local a las relaciones entre naciones. Para tratar con estos materiales empíricos se han utilizado elementos de la teoría sociopsicológica tales como el comportamiento colectivo y soluciones colectivas para determinados problemas. En este sentido puede decirse que la comprensión de las causas de conflicto político y de los procesos de generación de *consensus* es un problema fundamental de la Sociología política.

En el siglo XIX el desarrollo de instituciones representativas tuvo lugar paralelamente a la extensión del sufragio y al aumento de importancia del Parlamento, en cuanto instrumento de participación en el Poder y de resolución de conflictos políticos. En el siglo XX la complejidad de la estructura social y del proceso político ha determinado una mayor influencia del ejecutivo y un declive del peso del proceso parlamentario. Los teóricos del proceso democrático han tenido que hacer frente a la necesidad de una contribución intelectual al proceso de institucionalización para, de una parte, fortalecer al Parlamento y, de otra, hacer posible una representación más conforme a las nuevas dimensiones del proceso político.

Aquí convergen la Sociología política y la teoría política. Los sociólogos especializados en el estudio de la Política han solido ser hombres de opiniones firmes, conscientes de las implicaciones valorativas de su labor. Es, sin embargo, desde el fin de la segunda guerra mundial, y particularmente bajo la influencia de los nuevos tipos de análisis económico, cuando algunos sociólogos han comenzado a interesarse por formulaciones teóricas, que exploren explícitamente las condiciones bajo las que se maximizaría la democracia política. Si el análisis económico tiene como fin la maximización del uso de los recursos, la Sociología política hace su meta fundamental de la formulación de condiciones sociales, psicológicas y económicas bajo las que la democracia política resultaría maximizada. Algunos teóricos —entre las que se cuenta Joseph Schumpeter— otorgan a las elecciones el valor de sello de garantía de la sociedad democrática, y en consecuencia la clarificación del proceso electoral aparece como tarea clave de la investigación. Otros, como Robert Dahl y Charles Lindblum, están interesados en la formulación de criterios, que abarquen las prácticas de órganos de la Administración y de las comunidades

locales. Algunos teóricos han tratado de formular definiciones de democracia política, que sirvieran a comprender incluso sistemas monopartidistas. Independientemente de las definiciones particulares la Sociología política ha venido a ser directamente conectada con el análisis de los prerrequisitos económicos, sociales y psicológicos de la democracia política.

B I B L I O G R A P H Y

- ALLARDT, Erik, and YRJÖ LITTUNEN: *Cleavages, Ideologies and Party Systems: Contributions to Comparative Political Sociology*. (Transactions of the Westermarck Society, vol. X). Helsinki: Westermarck Society, 1964.
- ALMOND, Gabriel A. and COLEMAN, James S. (Editors): *The Politics of the Developing Areas*. Princeton, N. J.: Princeton University Press, 1960.
- BOTTOMORE, Thomas B., and RUBEL, Maximilien (Editors): *Karl Marx: Selected Writings in Sociology and Social Philosophy*. London: C. A. Watts, Ltd., 1956.
- DAHL, Robert A.: *Who Governs? Democracy and Power in an American City*. New Haven and London: Yale University Press, 1961.
- DAHRENDORF, Ralf: *Soziale Klassen und Klassenkonflikt in der industriellen Gesellschaft*. Stuttgart: F. Enke, 1957.
- DRUTSCH, Karl: *Nationalism and Social Communication*. New York: John Wiley & Sons., 1953.
- DUVERGIER, Maurice: *Les Partis Politiques*. Fourth edition. Paris: Armand Colin, 1961.
- GERMANI, Gino: *Política y sociedad en una época de transición de la sociedad tradicional a la sociedad de Masas*. Buenos Aires: Paidós, 1962.
- FORTES, Meyer, and EVANS-PRITCHARD, E. E. (Editors): *African Political Systems*. London: Oxford University Press, 1940.
- GEERTZ, Clifford (Editors): *Old Societies and New States*. New York: The Free Press of Glencoe, 1963.
- JANOWITZ, Morris: *The Military in the Political Development of New Nations: An Essay in Comparative Analysis*. Chicago and London: University of Chicago Press, 1964.
- KEY, V. O. (Jr.): *Public Opinion and American Democracy*. New York: Alfred A. Knopf, 1961.
- KORNHAUSER, William: *The Politics of Mass Society*. Glencoe: The Free Press, 1959.
- LASSWELL, Harold D.: *Politics: Who Gets What, When, How*. New York: McGraw-Hill Book Co., 1936.
- LASSWELL, Harold D., and KAPLAN, Abraham: *Power and Society: A Framework for Political Inquiry*. New Haven and London: Yale University Press, 1950.
- LIPSET, Seymour Martin: *Political Man: The Social Bases of Politics*. Garden City, N. Y.: Doubleday & Co., Inc., 1960.
- MANNHEIM, Karl: *Man and Society in an Age of Reconstruction*. London: K. Paul, Trench, Trubner, Ltd., 1940.
- MARSHALL, Thomas H.: *Citizenship and Social Class and other Essays*. Cambridge: Cambridge University Press, 1950.
- MARX, Karl, and ENGELS, Friedrich: *Die Deutsche Ideologie*, in Marx-Engels Institute (editors): *Marx-Engels Gesamtausgabe*. Moscow: Marx-Engels Institute, 1938.

- MARX, Karl: *The Eighteenth Brumaire of Louis Bonaparte*. Chicago: C. H. Kerr and Co., 1913.
- MICHÉLS, Robert: *Political Parties: A Sociological Study of the Oligarchical Tendencies of Modern Democracies*. London: Jarrold & Sons, 1916.
- MOORE, Barrington: *Terror and Progress USSR: Some Sources of Change and Stability in the Soviet Dictatorship*. Cambridge: Harvard University Press, 1954.
- MOSCA, Gaetano: *Elementi di scienza Politica*. Second edition. Torino: Fratelli Bocca, 1923.
- NEUMANN, Franz: *Behemoth: The Structure and Practice of National Socialism*. Toronto and New York: Oxford University Press, 1942.
- ROKKAN, Stein (Editor): «Approaches to the Study of Political Participation». *Acta Sociologica*, 6 (1-2), 1962.
- RUSSELL, Bruce M. (et al): *World Handbook of Political and Social Indicators*. New Haven: Yale University Press, 1964.
- SCHUMPETER, Joseph R.: *Capitalism, Socialism and Democracy*. New York: Harper and Brothers, 1942.
- SHILS, Edward A.: *The Torment of Secrecy: The Background and Consequences of American Security Policies*. Glencoe, Ill.: The Free Press, 1956.
- — *Political Development in the New States*. The Hague: Mouton & Co., 1962.
- STAMMER, Otto (editor): *Politische Forschung*. Köln: Westdeutscher Verlag, 1960.
- WEBER, Max: *Politik als Beruf*. Munich: Duncker and Humblodt, 1919.
- — *Wirtschaft und Gesellschaft* (Part III, Chapter 4). Tübingen: J. C. B. Mohr, 1921.

MORRIS JANOWITZ

Traducción de ANTONIO LÓPEZ PINA.

